

LAS RELACIONES ENTRE ESTADOS UNIDOS Y EL GRAN CARIBE CON LA LLEGADA DE JOE BIDEN: LOS CASOS DE COLOMBIA Y VENEZUELA

*José Antonio Hernández Macías**

Geopolítica

Resumen

Estados Unidos se encuentra, a nivel interno y externo, en una situación complicada. Endógenamente convergen diversas dificultades políticas, económicas y sanitaria agravadas por el contexto de pandemia. A nivel externo, su proyecto civilizatorio ha sufrido un marcado declive en las últimas décadas, atenuándose el proceso de transición hegemónica global. En el presente artículo destacamos el posicionamiento del gobierno de Joe Biden hacia el Gran Caribe, espacio geográfico en donde se libra un enfrentamiento geopolítico global caracterizado por el declive de la principal potencia mundial y por el ascenso de China y Rusia. En especial, el trabajo se enfoca en dos países grancaribeños que tradicionalmente se encuentran en los primeros lugares de la agenda estadounidense para América Latina y el Caribe: Colombia y Venezuela.

Palabras clave: Estados Unidos, geopolítica, Colombia, Venezuela.

Introducción

Históricamente, la región de América Latina y el Caribe ha estado subordinada a los intereses estadounidenses. A inicios del siglo XIX, se promulgó la Doctrina Monroe en la cual se establecía que era responsabilidad estadounidense ver por la seguridad y bienestar de la región, por lo que cualquier invasión al continente se-

ría vista como una afrenta en contra de Estados Unidos. Esta declaración perduró por el resto del siglo. No por casualidad durante la Guerra Fría Latinoamérica y el Caribe quedaron bajo la influencia del polo de Occidente.

La capacidad política, económica, militar, tecnológica y cultural de Estados Unidos creció y se afianzó en el sistema mundial, lo que conllevó a que se posicionara como el único hegemón a inicios de 1990. Durante los siguientes años, su influencia se extendió al resto del globo. No obstante, esta unipolaridad fue desafiada rápidamente con el atentado terrorista a las Torres gemelas en Nueva York en septiembre de 2001. Así, Washington vislumbró cómo su hegemonía comenzaba a ser cuestionada y paulatinamente ha visto su influencia y capacidades reducidas ante la llegada de nuevos actores como China o Rusia, y en menor medida Irán, Turquía, Corea del Sur, entre otros.

Durante el mandato de George W. Bush (2001-2009), América Latina y el Caribe experimentaron una autonomía que les permitió obtener cierta independencia de Washington, ya que la política exterior estadounidense se centró en Oriente Medio. Tras los atentados del 11-S, la estrategia estadounidense se enfocó en una guerra contra el terrorismo en la que trató de involucrar a la mayor cantidad de Estados, sin embargo, no recibió el apoyo que esperaba. Esta falta de liderazgo fue uno de los primeros síntomas de la decadencia estadounidense.

América Latina y el Caribe dejó de ser una región prioritaria para Estados Unidos, no obstante, éste mantuvo una relación cercana con

* Investigador del Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe de la Universidad Nacional Autónoma de México. Investigación realizada gracias al Programa UNAM-PAPIIT IA 400120.

Colombia debido a su activa participación en la guerra contra las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP). Estas acciones sólo afianzaron la subordinación consentida de la nación andino-caribeña.

Frente a esta situación, los gobiernos progresistas de la región tomaron el protagonismo: Hugo Chávez en Venezuela; Luiz Inácio Lula da Silva en Brasil; Néstor Kirchner en Argentina; Tabaré Vázquez en Uruguay; Evo Morales en Bolivia; Michelle Bachelet en Chile; Rafael Correa en Ecuador y Daniel Ortega en Nicaragua. Así, se configuró el nuevo regionalismo latinoamericano con gobiernos posneoliberales que tenían como objetivo integrar a la región, y también reducir su dependencia con respecto a Estados Unidos. En este sentido, optaron por estrechar lazos con países que tenían un proyecto similar. En este sentido, tanto China como Rusia se han declarado a favor de un orden multipolar criticando la unipolaridad estadounidense.

Tanto Hugo Chávez como Lula da Silva ejercieron un liderazgo en la región bajo un estandarte antiimperialista; a esto Bush respondió pragmáticamente entablando acuerdos bilaterales con Centroamérica, Colombia y Perú. Las relaciones entre Perú y Washington fueron percibidas como peligrosas lo que llevó a la salida de Venezuela de la Comunidad Andina. Por su parte, Colombia se alineó completamente a Estados Unidos, debido a los recursos económicos que le habían sido otorgados en el pasado, de manera que, junto con México, fueron los dos únicos aliados estadounidenses en la región.

Así, el subcontinente quedó dividido entre dos proyectos: por un lado, los que buscaban autonomía, representados por proyectos como la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA) y, por el otro, aquellos que preferían mantenerse alineados con Washington, a través del apoyo a la iniciativa del Área de

Libre Comercio (ALCA). Sin embargo, en noviembre de 2005, en la Cumbre de las Américas en Mar del Plata, la mayoría latinoamericana denunció la injerencia que significaría el proyecto del ALCA, por lo que tal iniciativa fue desechada.

Durante el mandato de Barack Obama (2009-2017), las relaciones con América Latina y el Caribe alcanzaron cierta armonía, específicamente con Brasil, México, Argentina y Colombia (Ayerbe, 2019:225). Muestra de ello fue que John Kerry, Secretario de Estado, realizó una importante declaración en noviembre de 2013 en el marco de la Organización de Estados Americanos donde afirmaba que “la era de la Doctrina

Monroe terminó” (Kerry, 2013), anunciando que Estados Unidos no tenía intenciones de seguir ejerciendo un poder duro sobre el subcontinente. Tal afirmación respondía a un contexto en donde Rusia y China venían ejerciendo cada vez más influencia en la región.

Al iniciar la nueva década, Latinoamérica y el Caribe se encontraban en un momento de transición. Después de la ola progresista que había caracterizado la primera década del siglo, la segunda comenzó con cambios importantes: Hugo Chávez falleció en 2013, debilitando la influencia regional venezolana, situación que se agravó rápidamente al comenzar la crisis económica derivada de la caída de los precios del petróleo. En Brasil fue orquestado un golpe de Estado a la presidenta Dilma Rousseff, dejando en el poder a Michel Temer, de orientación pro estadounidense. En Argentina, Mauricio Macri obtuvo el triunfo electoral terminando con una década de gobiernos de izquierda. Lenin Moreno asumió la presidencia de Ecuador en 2017, reorientando al país hacia Estados Unidos, y en Bolivia, en 2019, otro golpe de Estado destituyó a Evo Morales de su cargo como presidente a pesar de haber obtenido la victoria por la vía electoral.

Tras los atentados del 11-S, la estrategia estadounidense se enfocó en una guerra contra el terrorismo...

En este contexto, sólo Cuba, Nicaragua y Venezuela mantuvieron gobiernos de corte posneoliberal, lo que las convirtió en el objetivo directo de Estados Unidos para recobrar influencia política en todo el continente. Es preciso señalar que estas naciones son las que más acercamiento tienen con China y Rusia, lo que explica en gran medida que el respaldo político y económico que han recibido se ha traducido en un apoyo a sus gobiernos.

Es en este complejo contexto en el que Donald Trump (2017-2021) comenzó su mandato presidencial, el cual tuvo como principal característica el aislacionismo, bajo el lema *American First*. Esta tendencia fue coherente con una política exterior que se limitó en todas las regiones, argumentando que las responsabilidades globales eran más costosas que benéficas para Estados Unidos. Ello explica por qué decidió salir del Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (TTP), del Tratado de París, de la UNESCO, del Pacto Mundial sobre Migración de las Naciones Unidas, entre otros. Además, inició una ofensiva directa contra China a través de la imposición de restricciones comerciales y medidas no arancelarias para reducir su participación en la economía estadounidense.

Específicamente, la política de Donald Trump hacia América Latina y el Caribe fue hostil y agresiva. En un primer momento, su agenda fue bilateral, refiriéndose al papel de México en la migración y el narcotráfico. Resalta, particularmente, su guerra mediática denigrando a los migrantes mexicanos en territorio estadounidense; las acusaciones al gobierno de México de ser cómplice del narcotráfico, e incluso la negativa en un primer momento a firmar el Tratado entre México, Estados Unidos y Canadá (T-MEC), una actualización del TLCAN suscrito en 1994. Así, sus relaciones con América Latina se focalizaron en dos puntos: 1) las relaciones con México respecto a la migración y al Tratado de Libre Comercio, y 2) una injerencia directa para “alinearse” a las naciones

que han desafiado su hegemonía en el continente: Cuba, Nicaragua y Venezuela (Ayerbe, 2019:227).

Para dar cumplimiento al segundo punto, en febrero de 2018 el Secretario de Estado Rex Tillerson, llevó a cabo una gira de trabajo por Argentina, Colombia, Jamaica, México y Perú, con el objetivo de forjar alianzas para promover sanciones en contra de Venezuela. Su visita a estos países no fue fortuita, se enfocó en actores que impulsaban el Grupo de Lima, pues sus gobiernos de corte neoliberal simpatizaban con la idea del regreso de Estados Unidos a la región.

A pesar de este esfuerzo, un mes más tarde, en marzo, Tillerson fue sustituido por Mike Pompeo a cuyo equipo se unió John Bolton como consejero de Seguridad Nacional. De acuerdo con las recomendaciones emitidas por John Bolton, Estados Unidos debía regresar a la Doctrina Monroe por tres motivos claros: 1) la constante amenaza de las potencias extrarregionales (Rusia y China); 2) la defensa de los valores occidentales que eran desafiados por Cuba y Venezuela, y 3) lo que podría suceder con el resto de la región si el gobierno estadounidense descuidaba la seguridad hemisférica (Bolton, 2018).

En este mismo año, Bolton calificó ‘Troika del Mal’ al trinomio compuesto por Venezuela, Nicaragua y Cuba, denominados así por el desafío que representaban para la hegemonía estadounidense, coincidiendo con que son las naciones más cercanas a Rusia. De esta declaración devinieron acciones de hostigamiento y sanciones hacia estos tres países. En un marco general, John Bolton manifestó preocupación respecto a la “Troika del Mal” y celebró las relaciones que mantenía con Brasil y Colombia, países aliados en la lucha contra los “régimenes autoritarios”.

En Cuba, por ejemplo, hizo una revisión de los acuerdos firmados por el expresidente Obama, mismos que fueron revocados, anunciando con

...la mayoría latinoamericana denunció la injerencia que significaría el proyecto del ALCA, por lo que tal iniciativa fue desechada.

ello un periodo de inestabilidad y agresiones hacia la isla caribeña. Impuso restricciones para viajar a Cuba, limitó las remesas estadounidenses con destino a la isla; anunció represalias en contra de las empresas que realizaran transacciones en favor de Cuba; limitó los envíos de petróleo venezolano y las operaciones bancarias que incluyeran a Cuba, ya fuera como receptor o emisor (Aguirre, 2020:110).

Otro ejemplo claro fue Nicaragua, respecto a la cual pronto se observó un cambio de postura. Mientras que Obama había mantenido cierta cordialidad en las relaciones, Trump asumió una postura radical frente al gobierno de Daniel Ortega, con sanciones y brindando apoyo económico a un sector de la oposición para promover “la libertad y la democracia en Nicaragua”.¹ Esta injerencia se vio neutralizada por las posturas tomadas por Bolivia, China y Rusia (Ayerbe, 2019:233). Tras este intento fallido por promover un golpe de Estado blando, Nicaragua fue colocada en la lista negra de Estados Unidos.

En este marco, Estados Unidos ha optado por realizar un cerco político-económico a estas naciones, dejando ver su reducida capacidad de influencia en la sociedad internacional. También ha recurrido a la amenaza militar, lo que, de acuerdo con Immanuel Wallerstein, es el primer signo del declive hegemónico (Wallerstein, 2010:47). Pese a esta posición autoritaria, es importante resaltar que Estados Unidos no ha salido victorioso en las guerras desde Vietnam, Iraq y Afganistán.

En tiempos recientes, Estados Unidos ha mostrado una falta para capacidad de controlar dinámicas no sólo regionales sino en el mundo, como ha quedado demostrado en Oriente Medio, donde las últimas décadas ha invertido una enorme cantidad de recursos humanos y económicos para tener una posición privilegiada en esta zona rica en recursos energéticos

¹ *Cfr.* The U. S. National Archives and Records Administration, Presidential Libraries, 2020, en <<https://www.archives.gov/presidential-libraries/archived-websites>>.

(Aguirre Ernst, 2020:99). A la luz de estos hechos, se puede afirmar que actualmente estamos presenciando el declive del unilateralismo estadounidense, pues carece de autoridad para alinear a las naciones a sus intereses, así, su influencia en América Latina cada vez es menos y tales países prefieren diversificar sus relaciones con potencias no tradicionales.

...la política de Donald Trump hacia América Latina y el Caribe fue hostil y agresiva...

Estados Unidos y el Gran Caribe

En lo que va del siglo XXI, Estados Unidos ha llevado a cabo una política injerencista en el subcontinente americano, apoyando golpes de Estado, tanto duros como suaves: tal es el caso de Manuel Zelaya en Honduras, la destitución de Dilma Rousseff en Brasil, o de Fernando Lugo en Paraguay; la persistencia en sus proyectos militares como el Plan Colombia en el país sudamericano, esto acompañado de la diplomacia multilateral que impulsó proyectos como la Alianza del Pacífico y el Grupo de Lima.

En el área del Gran Caribe sobresale el retroceso en los avances que había tenido su predecesor respecto a su relación bilateral con Cuba y el aumento de sanciones económicas y financieras contra el gobierno de Nicolás Maduro en Venezuela. A esto se le suma el hostigamiento al gobierno de Nicaragua, el constante intervencionismo en Haití, sus propuestas para el cambio de matriz energética en la Cuenca del Caribe y los problemas migratorios en el área de Centroamérica.

A lo anterior se añade, en tiempos recientes, la llamada “geopolítica de las vacunas”, la cual ha permeado las relaciones bilaterales entre Estados Unidos y el Caribe. Recientemente Estados Unidos se comprometió a enviar 6 millones de vacunas a través del mecanismo COVAX hacia los países de América Latina y el Caribe, como reacción a la fuerte presencia de vacunas chinas y rusas en países como Argentina, México, Brasil, Nicaragua y Venezuela.

Otro actor sobresaliente en esta coyuntura de pandemia es Cuba, que con sus dos candidatos más avanzados –Soberana 02 y Abdalá– se posiciona como el único país de América Latina y el Caribe con vacunas propias en fase III de desarrollo. Esta situación, junto con el internacionalismo mostrado a través de sus 15 brigadas médicas internacionales, coloca a la isla caribeña como un actor protagónico en la lucha contra la pandemia.

Así, se puede observar esta disputa regional entre, por lo menos, dos proyectos con principios, bases e intereses totalmente diferentes. Por una parte, el proyecto estadounidense, con sus pretensiones imperialistas y caracterizado por una marcada asimetría del poder, especialmente en lo que tiene que ver con los pequeños Estados caribeños. Y por otra, un proyecto que ganó terreno con la oleada de gobiernos progresistas en todo el subcontinente, encabezado por la diplomacia venezolana, pero con gran influencia del internacionalismo cubano.

Entre las principales características del proyecto estadounidense en la región se encuentra por un lado la búsqueda de mecanismos que tienen como objetivo cubrir sus necesidades geopolíticas y por el otro, recuperar la pérdida de hegemonía en la región, a través de mecanismos diplomáticos que promuevan la llegada de gobiernos afines a sus intereses. En este tenor, sobresale la alianza de Colombia considerado su enclave geopolítico en el Gran Caribe.

Por su parte, desde la llegada del presidente Hugo Chávez, el proyecto venezolano para el Caribe tuvo como objetivo reivindicar la soberanía nacional y regional conteniendo la injerencia estadounidense y generando proyectos de integración que pretenden superar la tradicional visión economicista a partir de una nueva arquitectura económica internacional.

**...hizo una
revisión de
los acuerdos
firmados por
el expresidente
Obama, mismos
que fueron
revocados...**

Pasado y presente de las relaciones entre Estados Unidos y Colombia

Las relaciones entre Colombia y Estados Unidos se han dado en un marco de asimetría y sometimiento. Desde inicios del siglo XX y tras la independencia de Panamá, Colombia asumió una postura de alianza con Washington. En la década de 1920, se lanza la doctrina *Respice Polum* que significa “Mirar a la estrella polar”, asumiendo con esto, una postura de sometimiento consentido con respecto a Estados Unidos, como la potencia hegemónica. Esta doctrina será la rectora de la política exterior colombiana por casi cinco décadas. Ejemplo

de ello fue su posición en la Segunda Guerra Mundial y durante la Guerra Fría. Su alineamiento al bloque pro capitalista le valió ser la nación más favorecida en el marco de la Alianza para el Progreso. Durante el resto del siglo, Colombia fue un peón geopolítico de Estados Unidos, a pesar de breves momentos de un supuesto alejamiento enarblando la doctrina *Respice similia*; no obstante, en realidad ambas posturas han sido más bien complementarias.

El mandato de George W. Bush coincidió con el del presidente Álvaro Uribe. A lo largo de una década (2001-2010), ambos países homogenizaron su agenda tras los atentados del 11-s. Desde el enclave geopolítico colombiano se impulsó una serie de proyectos encaminados a combatir el terrorismo en la región. En el territorio colombiano se intentó erradicar a las FARC-EP y al ELN. Esta iniciativa se dio en el marco de la Política de Seguridad Democrática la cual internacionalizó el conflicto armado situación que determinó las relaciones internacionales de Colombia, concentrándose básicamente en su alianza bilateral con Washington. Tal política aisló a Colombia de la región latinoamericana, pues tuvo conflictos con Ecuador y Venezuela al acusar a sus mandatarios de apoyar a las guerrillas. Estos hostigamientos fueron financiados con capital estadounidense como parte

del apoyo antiterrorista (González, Galeano y Trejos, 2015:55).

En concordancia con el cambio de política en Estados Unidos con la llegada de Barack Obama, Juan Manuel Santos (2010-2018) impulsó la diversificación de relaciones y optó por mantener un trato cordial con el resto del continente. Esta posición estuvo *ad hoc* con los intereses estadounidenses, ahora dispuestos a concluir conflictos y a promover el multilateralismo. En este sentido, resalta la promoción de un organismo de integración económica, la Alianza del Pacífico, la cual se presentó como un contrapeso directo al proyecto latinoamericanista del ALBA. A su vez, los “Diálogos de La Habana” fue otro proyecto que se impulsó desde la Casa Blanca, culminando con una resolutive del conflicto armado de las FARC. En ese marco, se apoyaron programas posconflicto, de manera que de los recursos ofertados por Estados Unidos, durante la presidencia de Santos 40% fue destinado a promover el desarrollo social del pueblo colombiano. Estos recursos fueron conocidos como el programa “Paz Colombia”, el cual constó de 450 millones de dólares (Pastрана y Castro, 2017:104).

En este marco de cooperación, tanto Donald Trump como Iván Duque comienzan sus periodos presidenciales. Las relaciones bilaterales entre Washington y Bogotá se encontraban en uno de sus mejores momentos. Esta situación fue aprovechada por Donald Trump para utilizar a Colombia como centro de operaciones militares contra la administración de Nicolás Maduro, el cual representa un desafío al proyecto hegemónico estadounidense. A pesar de este acercamiento y de las denuncias generadas por Iván Duque acerca del régimen venezolano en diversos foros multilaterales, la relación fue erosionándose cada vez más debido a los desaciertos de la campaña de desprestigio al gobierno venezolano. Así, a finales de su mandato, Trump lanzó acusaciones al mandatario colombiano acerca de su incapacidad para erra-

dicar el narcotráfico, la violencia y las guerrillas. Así, a pesar de la afinidad política, se destacó la vulnerabilidad del Estado colombiano frente a Estados Unidos, una relación que si bien le ha favorecido en recursos económicos y militares, también le ha resultado contraproducente, pues se encuentra cada vez más aislado debido a su sometimiento consentido. Esta situación se ha profundizado durante la pandemia del Covid-19, ya que la mayoría de los países latinoamericanos han recibido vacunas procedentes de diversos países, mientras que Colombia ha estado en espera de la ayuda estadounidense.

Durante la campaña electoral estadounidense, funcionarios del gobierno de Iván Duque, y él mismo, apoyaron abiertamente la reelección de Donald Trump, provocando la protesta de diversos miembros del partido demócrata. En particular sobresale un tuit del embajador estadounidense en Colombia, quien recordaban a Duque que “El éxito de relaciones entre EE. UU. y Colombia a lo largo de muchos años ha sido basado en apoyo bipartidario”, y remata con un “Insto a todos los políticos colombianos evitar involucrarse en las elecciones estadounidenses” (Goldberg, 2020).

La llegada de Biden a la presidencia generó gran incertidumbre respecto a las futuras relaciones entre Colombia y Estados Unidos. A pesar de esto, salió a la luz un par de misivas entre funcionarios de ambos países refrendando su alianza política. Ejemplo de ello fue la entrevista que ofreció la canciller colombiana al medio informativo *El País*, en donde se mencionan algunos puntos relevantes sobre el futuro de las relaciones entre ambos países.

Colombia tiene una agenda sólida con Estados Unidos, y estamos abordándola en nuestras reuniones con los nuevos funcionarios de la Administración Biden, a medida que han sido designados. Con el secretario de Estado, Anthony Blinken, tratamos precisamente esos asuntos

**...se puede
afirmar que
actualmente
estamos
presenciando
el declive del
unilateralismo
estadounidense...**

de la agenda bilateral. Estamos dialogando también con los miembros del Congreso de ambos partidos. Desde la Cancillería y con nuestra Embajada en Washington se está programando la conversación entre los presidentes y la fecha depende de las agendas de ambos mandatarios (Bonces, 2021).

Después de cinco meses, han sido más buenas intenciones que hechos concretos. Hasta el momento la relación entre el país norteamericano y el país sudamericano ha sido poco dinámica, sin ningún hecho concreto que augure una estrecha alianza como la mantenida entre los gobiernos de Trump y Duque. La prueba más clara de esto es la designación de Juan Carlos Pinzón como nuevo embajador de Colombia en Estados Unidos, sin duda una muestra de que se pretende “recomponer” las relaciones.

Este distanciamiento se puede explicar también por las problemáticas internas que viven ambos países. Por una parte, Estados Unidos se encuentra más enfocado en atacar la crisis de salud provocada por la pandemia, resolver su polarización interna heredada por la sucesión presidencial e impulsar el modelo económico que llevó a Biden a la presidencia. Colombia por su parte, se encuentra sumergida en una situación de crisis política e institucional que comenzó desde 2019 con una serie de protestas por diversas ciudades del país. Estas protestas disminuyeron en 2020 debido a la pandemia, sin embargo, resurgieron con mayor fuerza en meses recientes debido al anuncio de una reforma tributaria que terminó funcionando como catalizador del descontento social provocado por los resultados del modelo neoliberal adoptado en las últimas décadas en ese país.

Estados Unidos y Venezuela: cambios y continuidades

Uno de los temas primordiales de las relaciones internacionales del Caribe durante el presente siglo ha sido el conflicto entre Estados

Unidos y los países progresistas de la región, especialmente Venezuela. Prácticamente, desde la llegada del proyecto bolivariano, este país ha sido objeto de diversos ataques desde una gran variedad de frentes. Desde muy temprano, en el año 2002, el gobierno estadounidense, de la mano de la oposición interna, intentó derrocar al gobierno de Hugo Chávez por medio de un golpe de Estado.

A partir de ese momento y en lo que va de este siglo, la alianza entre la élite conservadora venezolana y la élite política estadounidense se reforzó implementando

diversas acciones desestabilizadoras: a nivel interno, con la promoción y el financiamiento de cierto sector de la oposición venezolana, a nivel regional, con acciones que han debilitado los mecanismos de unidad latinoamericana y caribeña creados por el país sudamericano, y a nivel multilateral, por medio del bloqueo económico y comercial.

Especialmente en los últimos 7 años, Washington ha aprovechado la coyuntura actual de crisis económica y política para debilitar al gobierno venezolano y sus proyectos regionales como la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América y Petrocaribe. Así, con las Cumbres de Seguridad Energética, lo que busca es un cambio de orientación en la matriz energética de la región y una nueva alianza que afiance su hegemonía con los pequeños países. Esta nueva alianza también tiene como objetivo aprovechar la inestabilidad del suministro de petróleo por parte de Venezuela para reducir la dependencia de la zona de esta materia prima.

En el ámbito político, la principal estrategia ha sido cuestionar la democracia venezolana, atribuyéndole al sistema político venezolano características de régimen autoritario, en el mejor de los casos, o de dictadura. Con este discurso, el gobierno estadounidense ha abierto frentes diplomáticos con base en el multilateralismo, como el Grupo de Lima, cuyo objetivo de fondo fue atacar políticamente al gobierno venezolano.

...coloca a la isla caribeña como un actor protagónico en la lucha contra la pandemia.

A principios de 2018, en Estados Unidos se firmó una orden para restringir las transacciones desde y hacia Venezuela. El 23 de enero de 2019, con ayuda y promoción de Donald Trump, el diputado Juan Guaidó juramentó como presidente interino ante la supuesta ilegitimidad de Nicolás Maduro. Frente a este nuevo fenómeno, la sociedad internacional se dividió en tres posturas: 1) quienes reconocieron al gobierno de Juan Guaidó, liderados por Estados Unidos; 2) quienes desconocieron a Guaidó como presidente, postura adoptada por los aliados al gobierno de Maduro, y 3) quienes mantuvieron su reconocimiento al gobierno de Maduro como presidente legítimo, debido al proceso electoral que lo respaldaba. En este grupo resalta el papel de México, que asumió una postura distinta a la estadounidense. Como parte de las represalias, el 28 de enero del mismo año Estados Unidos canceló las transacciones financieras de PDVSA y su filial CITGO. Las sanciones se endurecieron tras el fracaso de la “Operación Cúcuta”, mediante la cual Washington intentaba realizar un golpe de Estado blando a través de una supuesta caravana de “ayuda humanitaria”, la cual no sólo representó una derrota para Washington sino también para Colombia, que se había encargado de ser el principal promotor del gobierno de Guaidó, sumando un nuevo conflicto en la relación colombo-venezolana (Borda, 2020).

La política del presidente Donald Trump hacia Venezuela no logró sus objetivos: a pesar de todas las complicaciones que atraviesa el país sudamericano, el gobierno de Nicolás Maduro es el que mantiene el poder real. En el ámbito internacional, no es un gobierno aislado, y esto se explica por la política exterior que implementó en la región durante los primeros quince años de su Revolución, que lo llevó a consolidar las relaciones diplomáticas de mayor alcance en su historia.

Hasta ahora esas presiones sólo han logrado producir un cambio en las posiciones adoptadas por los actua-

Durante el resto del siglo, Colombia fue un peón geopolítico de Estados Unidos...

les gobiernos de Bahamas, Guyana y Santa Lucía, todos firmantes de la mencionada declaración contra el gobierno venezolano aprobada en los corrillos de la VIII Cumbre de las Américas. De ahí que la ampliación del apoyo de los demás integrantes de la CARICOM a las políticas estadounidenses contra la Revolución Bolivariana estuviera entre los objetivos de la visita que realizó Tillerson a Jamaica. En ésta defendió los supuestos beneficios que le reportarán a todos los Estados caribeños integrantes de PETROCARIBE la aceptación de la Iniciativa Energética del Caribe previamente emprendida por la administración de Barack Obama con el propósito de eliminar la “dependencia energética y financiera” que éstos presuntamente tienen del gobierno de la República Bolivariana de Venezuela (Suárez, 2018:185).

Incluso se puede afirmar que las tendencias políticas en América Latina y el Caribe favorecerán las relaciones internacionales de Venezuela en la región, especialmente por la llegada de nuevos gobiernos progresistas en los últimos años: López Obrador en México (2018); Díaz Canel en Cuba (2018); Alberto Fernández en Argentina (2019); Luis Arce en Bolivia (2020), y, aunque la disputa sigue en los tribunales electorales, el inminente arribo al poder de Pedro Castillo en Perú (2021).

Con la llegada de Biden a la presidencia de Estados Unidos, diversos analistas latinoamericanos se han apegado a la hipótesis de que el presidente estadounidense podría implementar una política exterior que dé continuidad a la política legada por Barack Obama, especialmente en sus relaciones con países como Venezuela. Sin embargo, debido a las particularidades internas de cada país, al entorno regional cambiante, al proceso de transición hegemónica global y especialmente a la larga lista de sanciones y medidas en contra de Venezuela impuestas por sus antecesores, este escenario parece bastante lejano. Hasta ahora, las declaraciones

de funcionarios del gobierno estadounidense han estado encaminadas a darle continuidad a la ofensiva política en contra de Venezuela. Voceros de la Casa Blanca han señalado que su gobierno no tiene ninguna prisa por levantar las sanciones económicas y financieras. Incluso, la estrategia –a todas luces fallida– de derrocar al gobierno de Nicolás Maduro por medio del reconocimiento a Juan Guaidó no ha sido eliminada.

Sumado a lo anterior, en febrero de este año el portavoz del Departamento de Estado Ned Price, afirmó:

Ciertamente no esperamos ningún contacto con Maduro en el corto plazo. [...] El objetivo primordial del gobierno Biden-Harris es apoyar una transición democrática y pacífica en Venezuela a través de elecciones presidenciales y parlamentarias libres y justas y ayudar al pueblo venezolano a reconstruir sus vidas y su país. En cuanto a cómo vamos a hacer eso, ciertamente no espero que esta administración dialogue directamente con Maduro (AFP, 2021).

A nivel diplomático es claro que uno de los principales objetivos del nuevo gobierno será repositionar el sistema interamericano –específicamente a la OEA– frente a organismos netamente latinoamericanos como la CELAC o la UNASUR. Por otra parte, el gobierno de Biden tiene una tendencia a apelar más al *smart power*, implementando una estrategia apegada al multilateralismo, con el objetivo de que la retórica sea menos agresiva. Sin embargo, serán cambios de forma y no de fondo.

Reflexiones finales

El gobierno de Joe Biden tendrá como prioridad, al menos durante los primeros años, la política doméstica. Esto debido a las múltiples crisis por las que atraviesa el país norteamericano. La economía, la imagen del presidente y

del partido, la respuesta a la pandemia y la polarización social, serán las esferas centrales de su actuación.

En el plano internacional, aunque el objetivo es el mismo –recuperar la posición hegemónica de Estados Unidos–, tendrá que comenzar un proceso de recomposición de la diplomacia. Si bien aún no es clara la doctrina que implementará, ya se observan algunos indicios de las bases de su política exterior, por ejemplo: una inclinación por el multilateralismo, el regreso a la agenda central de temas como el medio ambiente, los derechos humanos y la democracia, un discurso menos belicista y un enfoque más confrontativo con

Rusia y China.

En lo que se refiere al Gran Caribe, son bastantes los temas pendientes, aunque en un primer lugar está lidiar con el marco diplomático que dejó Donald Trump en la región: una serie frentes abiertos en contra de Cuba, Nicaragua y Venezuela, que en los últimos años se han convertido en temas de política doméstica, especialmente en el estado de Florida.

A lo anterior se suma la creciente presencia rusa y china en la zona. Se puede apreciar que este fenómeno ha sido constante de un tiempo para acá: por un lado, China ha ofrecido créditos en divisas, desarrollo conjunto de proyectos y participación en algunas industrias; Rusia, por su parte, ha servido de respaldo político a los proyectos antiimperialistas y realiza comercio de armamento y energéticos. Esta dupla, no ideologizada, ha servido de contrapeso a Estados Unidos, pues las naciones latinoamericanas y caribeñas ya no recurren a Washington como único aliado, sus economías son cada vez más diversificadas y han logrado cierto protagonismo en el sistema mundial. Este acercamiento, junto con las fallidas acciones de Estados Unidos ya descritas con anterioridad, son argumentos sólidos para afirmar que no sólo hay una pérdida de influencia regional sino también mundial, dando paso a un momento de transición hegemónica, de la unipolaridad a la multipolaridad.

...a pesar de la afinidad política, se destacó la vulnerabilidad del Estado colombiano frente a Estados Unidos...

Por ello no es de sorprenderse que China mantenga importantes acuerdos de asociación estratégica con países y mecanismos de integración caribeños. Por su parte, Rusia tiene ocho acuerdos militares, además de 15 de cooperación técnica-militar, ha brindado ayuda directa a Cuba, Nicaragua y Venezuela, mantiene relaciones estratégicas con Argentina, Brasil y Perú.

Este contexto nos ayuda a entender las relaciones estadounidenses a nivel bilateral con Colombia y Venezuela. Con Colombia, a pesar de que la apuesta del gobierno colombiano fue a favor de la reelección de Trump, ni a Biden ni a Duque les conviene un distanciamiento en el plano regional. A diferentes escalas, ambos países sufren de una fuerte inestabilidad, por lo que les resulta indispensable mantener la alianza entre ellos. A Estados Unidos le conviene mantener su enclave geopolítico en la región, especialmente en el nuevo contexto político latinoamericano, donde cada vez un mayor número de países vira a la izquierda. Y para Colombia es vital mantener la alianza con su “estrella del norte” debido al soporte económico y militar que recibe de ese país.

Respecto a Venezuela, a pesar de las expectativas que generó la llegada de Biden, su política exterior hacia el gobierno bolivariano ha sido más de continuidades que de cambios. Si bien el escenario bilateral que heredó el presidente estadounidense y su equipo es muy complejo, y no ha presentado posiciones explícitas de cuál será la postura que seguirá respecto al gobierno venezolano, en la práctica, las sanciones económicas y financieras, así como las presiones diplomáticas continúan.

En el ámbito multilateral, no hay que perder de vista que Venezuela y Estados Unidos enarbolan proyectos antagónicos en el Gran Caribe. Por una parte, tenemos los principios y valores de la política exterior venezolana, que desde su llegada ha tenido como norte la unidad latinoamericana y caribeña, así como el multipolarismo, apostando por fortalecer un bloque regional vinculado con potencias extrarregionales, por la otra parte tenemos el conocido proyecto imperialista estadounidense.

Bibliografía

AFP (2021), “Gobierno de Biden no prevé contacto con Maduro ‘en el corto plazo’”, en *France 24*, 4 de febrero. Dirección URL: <<https://www.france24.com/es/minuto-a-minuto/20210203-gobierno-de-biden-no-prev%C3%A9-contacto-con-maduro-en-el-corto-plazo>>.

AGUIRRE ERNST, Mariano (2020), “El repliegue de los Estados Unidos de América. Las políticas posimperiales de Donald Trump hacia América Latina y el Caribe”, en Wolf GRABENDORFF y Andrés SERBIN (editores), *Los actores globales y el (re)descubrimiento de América Latina*, Barcelona, Icaria Editorial.

AYERBE, Luis Fernando (2019), “La política de la administración Trump para América Latina ¿reinención de la Doctrina Monroe?”, en *Revista Tempo do Mundo*, vol. 5, núm. 1, enero.

BOLTON, John (2018), “Pay attention to Latin America and Africa before controversies erupt”, en *The Hill*, 1 de febrero. Dirección URL: <<https://thehill.com/opinion/international/366999-pay-attention-to-latin-america-and-africa-before-controversies-erupt>>.

BONCES, Eduardo (2021), “¿Cómo está la relación de Colombia con Joe Biden?, esto dice la Canciller”, en *El País*, 21 de febrero. Dirección URL: <<https://www.elpais.com.co/politica/como-esta-la-relacion-de-colombia-con-joe-biden-esto-dice-la-canciller.html>>.

BORDA, Sandra (2020), “Colombia y la crisis venezolana: una estrategia fallida”, en *Nueva Sociedad*, núm. 287, mayo-junio. Dirección URL: <<https://nuso.org/articulo/colombia-y-la-crisis-venezolana-una-estrategia-fallida/>>.

GOLDBERG, Philip S. (2020) “El éxito de relaciones entre EEUU y Colombia a lo largo de muchos años ha sido basado en apoyo bipartidario. Insto a todos los políticos colombianos evitar involucrarse en las elecciones estadounidenses”, 26 de octubre. Dirección URL: <<https://twitter.com/USEmbassyBogota/status/1320749643148496898>>.

GONZÁLEZ ARANA, Roberto, Héctor GALEANO DAVID y Luis Fernando TREJOS ROSERO (2015), “Estados Unidos en la política exterior colombiana: ¿aliado incondicional?”, en *Económicas CUC*, Barranquilla, Colombia, Universidad de la Costa, vol. 36, núm. 1.

KERRY, John (2013), *State Secretary USA, Remarks on U. S. policy in the western hemisphere*, 18 de noviembre. Dirección URL: <<https://2009-2017.state.gov/secretary/remarks/2013/11/217680.htm>>.

PASTRANA, Eduardo y Rafael CASTRO (2017), “Retos, socios estratégicos y escenarios para la política exterior colombiana durante el posconflicto”, en *Agenda Internacional*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, vol. 24, núm. 35.

SUÁREZ SALAZAR, Luis (2018), “Las políticas del gobierno temporal de Donald Trump contra Nuestra América: una mirada hasta la VIII Cumbre de las Américas”, en Casandra CASTORENA *et al.* (editores), *Estados Unidos contra el mundo. Trump y la nueva geopolítica*, México, CLACSO/Siglo XXI.

WALLERSTEIN, Immanuel (2010), *Análisis del sistema-mundo. Una introducción*, México, Siglo XXI.